

Reflexión Derivada de Investigación

The history of the war from the literacy narrative of ex-combatants. Self-figuration and self-representation during the "War of Thousand Days" in Santander, Colombia

Abstract

Over the past three decades has been promoted in Santander on rescue, recovery and outreach through voluminous anthology compilations of some of the texts associated with the "war of a thousand days". However, their choices and their introductory studies have delved into the specific analysis of the political-ideological pretensions of the works and in the ethical questions and civic judgments of the authors to their actions and experiences as active members of parties in dispute, and their responsibilities in the event of war to act as commanders or fighters. From the premise that the writers of the war as veterans of the same achieved with their testimonies the disclosure of "the most intimate secrets or innermost experiences of who makes us partakers of his own life" (V. Pérez) this article argues that the writers of war appealed mostly to the composition of biographies and autobiographies which directly (self-figuration) or indirect (self-representation) achieved externalization and contextualization of themselves as citizens, leaders or fighters giving prevalence to his personal vision about what happened. And with it, appealed to freedom to describe, interpret and question what happened as participants of the most bloody that lived without being conditioned historiographical contrast his story with other files, witnesses or publications about the same events, characters and historical interpretations.

Keywords: Literature, War, History, Santander, Colombia

Autores: Luis Rubén Pérez Pinzón (Doctorado en Historia - Atlantic International University- AIU Docente Departamento de Estudios Sociohumanísticos y Literatura UNAB), Gilberto González Hernández (Magister en Artes con énfasis en Literatura e Historia, de la Universidad de California. Los Ángeles. Docente Literatura Unab), José Pablo Serrano Silva- Maestro en artes plásticas, Universidad de los Andes (Docente Literatura UNAB)

Correos electrónicos: lperez14@unab.edu.co ggonzalez4@unab.edu.co jserrano29@unab.edu.co

Resumen

Durante las últimas tres décadas ha sido promovido en Santander el rescate, recuperación y divulgación por medio de voluminosas compilaciones antológicas de algunos de los textos asociados con la Guerra de los Mil Días. No obstante, esas selecciones ni sus estudios introductorios han ahondado en el análisis específico de las pretensiones político-ideológicas de las obras como en los cuestionamientos éticos y los juicios cívicos de los autores ante sus acciones y vivencias como miembros activos de los partidos en disputa, así como sus responsabilidades en los sucesos de la guerra al actuar como comandantes o combatientes. Desde la premisa que los escritores de la guerra como excombatientes de la misma lograron con sus testimonios la divulgación de "los secretos más íntimos o las vivencias más recónditas de quien nos hace partícipes de su propia vida" (V. Pérez) éste artículo plantea que los literatos de la guerra apelaron en su mayoría a la composición de biografías y autobiografías en las cuales de forma directa (autofiguración) o indirecta (autorrepresentación) lograron la exteriorización y contextualización de sí mismos como ciudadanos, dirigentes o combatientes dando prevalencia a su visión personal sobre lo acontecido. Y consigo, apelaron a la libertad de describir, interpretar y cuestionar lo ocurrido como partícipes de los hechos más cruentos que vivieron sin estar condicionados al contraste historiográfico de su relato con otras fuentes, testigos o publicaciones sobre los mismos acontecimientos, personajes e interpretaciones.

Palabras claves: Literatura, Guerra, Historia, Santander, Colombia

Artículo: Recibido en junio-2013 y aprobado octubre-2013

La historia de la guerra desde la narrativa literaria de los excombatientes. Autofiguración y autorrepresentación durante la "Guerra de los Mil Días" en Santander, Colombia

Luis Rubén Pérez Pinzón

Gilberto González

José Pablo Serrano Silva

Introducción

Las representaciones o productos culturales consecuentes a la "Guerra de los Mil Días" demuestran que fue uno de los hechos más importantes y decisorios en la reestructuración del Estado-Nación colombiano durante el último siglo. El conflicto bélico bipartidista acabó de raíz con el régimen político federalista que infructuosamente pretendió ser restablecido por el liberalismo radical con las revoluciones de 1885, 1895 y 1899 contra el nacionalismo regenerador, extinguió lo más selecto de toda una generación de intelectuales y literatos liberales que se sacrificaron en el campo de batalla por su partido, por un caudillo, así como permitió que el conservatismo vencedor impusiera un régimen de censura católica y la persecución policiva a los escritores liberales que sobrevivieron a la guerra, siendo sus escritos autorizados y publicados solo treinta años después de su creación.

Santander no solo fue el Departamento donde se inició y definió la transición de la guerra regular a la guerra de guerrillas que definió la Guerra de los Mil Días después de la Batalla de Palonegro pues las experiencias, cuestionamientos y decepciones de la lucha bélica bipartidista propiciaron una nutrida creación de cuentos, relatos, novelas y memorias acerca de lo vivido por parte de los sobrevivientes cuya divulgación fue regulada por la aprobación y

publicación oficial acorde al partido político en el poder. Esos relatos han complementado los análisis científicos que desde las Ciencias Sociales han hecho Charles Bergquist, Luis Javier Ortíz, Jorge Villegas, Miguel Ángel Urrego, Alvaro Tirado Mejía, entre otros, aunque su preocupación analítica al corresponder a las estructuras teórico-conceptuales y a las dinámicas político-económicas propias del conocimiento sociohumanístico han conllevado a que la importancia literaria o el análisis de los imaginarios y ficciones del escritor no fuesen considerados relevantes o significativos.

Durante las últimas tres décadas algunos intelectuales y académicos han promovido desde Santander el rescate, recuperación y divulgación por medio de voluminosas compilaciones antológicas de algunos de los textos asociados con la Guerra de los Mil Días entre los cuales se desatacan las iniciativas de Eduardo Rueda, Gonzalo España, Aída Martínez Carreño, Mario Palencia, Gonzalo Sánchez, Arbey Atehortúa, entre otros, que si bien propenden por agregar sus análisis como investigadores y compiladores por medio de estudios introductorios que orientan al lector sobre las pretensiones y alcances de la literatura creada durante la guerra y postguerra no ahondan en el análisis específico de las pretensiones político-ideológicas de las obras como en los cuestionamientos éticos y los juicios cívicos de los autores ante sus acciones y

vivencias como miembros activos de los partidos en disputa como sus responsabilidades en los sucesos de la guerra al actuar como combatientes. Tendencia revalidada en Trabajos de Grado como el de Eduardo Martínez (2011) al anteponerse la recuperación patrimonial a la interpretación y crítica literaria.

Son esas carencias analíticas sobre el estudio en profundidad de los autores y obras de la última guerra del siglo XIX en Santander las que ameritan que desde el análisis del contexto histórico, el estudio de las producciones bibliográficas, la crítica literaria a la narrativa literaria y la edición de una nueva antología literaria, etc., la realización de proyectos de investigación en patrimonio literario de la UNAB que respondan a las siguientes preguntas: ¿Cómo contribuyeron los cuentos, relatos, memorias y novelas de los intelectuales y literatos santandereanos a la divulgación de sus autorrepresentaciones como ciudadanos y combatientes, “vencedores” o “vencidos”, que hicieron parte de la “Guerra de los Mil Días”?; ¿Cuáles fueron las estrategias de divulgación editorial y apropiación socio-cultural de los libros literarios sobre la Guerra de los Mil Días durante la primera mitad del siglo XX?; ¿Qué papel cumplieron los textos literarios sobre la guerra y la postguerra de 1899 como recurso didáctico para la reflexión sociocultural acerca de las contrariedades de la guerra, el papel de la crítica ciudadana, el respeto de la dignidad humana y la solución pacífica y democrática de los conflictos?

Historia literaria de la guerra

La literatura colombiana cuyos temas y propósitos están asociados con la recreación de los conflictos bélicos del siglo XIX ha sido compilada y clasificada como parte de la literatura de la “Violencia” en antologías como la publicada por Luz Mary Giraldo titulada “Cuentos y relatos de la literatura colombiana” (2005, II) aunque su

denominación más apropiada es la de Literatura de las “Guerras Civiles Colombianas” al ser cortes o rupturas modernizadoras ante el costumbrismo nacionalista y el dogmatismo de los políticos escritores (los “gramáticos”) en el poder (García, 1996). Los mejores ejemplos de esas tendencias son los textos literarios que fueron seleccionados en las compilaciones, antologías y estudios sociohumanísticos publicados por autores como Gonzalo España (2003), Arbey Atehortúa, Mario Palencia y Gonzalo Sánchez (2001).

Los autores de la literatura de las Guerras Civiles fueron en su mayoría actores políticos y combatientes heroicos que representaban las características socioculturales y las disputas bipartidistas durante la segunda mitad del siglo XIX. Los cuales han sido descritos de la siguiente manera: “Aunque no todos los autores eran escritores profesionales, en esa sociedad colombiana de mediados del siglo XIX, compuesta por comerciantes, artesanos, terratenientes, pequeños agricultores y esclavos, muchos de ellos se incorporaron a la literatura costumbrista sin mayor conflicto, ya que ser escritor parecía una tarea de todos o para todos, demostrada en la destreza de la escritura, la filigrana narrativa y descriptiva y el rigor del estilo” (Giraldo, 2005: XVII-XVIII).

El realismo de las vivencias, horrores y contrariedades de las cinco guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX fueron por sí mismas tema suficiente para la creación literaria. Sin embargo, la literatura de las guerras civiles al contextualizarse en las ciudades y centros urbanos donde ocurrieron las principales batallas conllevó a que los autores se preocuparan por describir los conflictos sociales y las exclusiones político-culturales que empezaban a caracterizar los crecientes procesos de emigración de la población urbana a las capitales provinciales.

Dinámica en la cual las protestas sociales se conjugaban con las reflexiones estéticas, los cuestionamientos existenciales y las influencias

cosmopolitas de la modernidad a partir de procesos de cambio y cuestionamiento a las tradiciones cuyo elemento común era “la incidencia del desplazamiento del campo a la ciudad a causa de la Guerra de los Mil Días -que cierra el siglo XIX y abre el XX, repitiéndose de manera análoga al paso del XXI- deja constancia en las letras y las artes. La tensión entre lo rural y lo urbano impone temas, personajes, lenguajes y búsquedas formales que oscilan entre la tradición y la renovación” (Giraldo, 2005: XIX).

Así, la guerra de 1899 propició el control absoluto del poder por parte de los vencedores sobre los vencidos, la transición literaria del costumbrismo rural al modernismo urbano, la parálisis creativa de escritores y editores al centrar sus esfuerzos en la defensa de la causa partidista e incluso la redefinición de la condición ideológica y política del ciudadano al cuestionarse los señoríos y caciquismos republicanos con sus estrategias electorales basadas en las clientelas territoriales para darse paso a los caudillismos populistas, a las reflexiones teóricas inspiradas en las discusiones anarquistas, socialistas y comunistas mediadas por las narrativas de las revoluciones populares, así como el renacer de la reflexión sociopolítica a partir de la crítica literaria, artística y cinematográfica fomentada por organizaciones de intelectuales visibilizados a través de publicaciones impresas heredadas de las sociedades y revistas literarias del siglo XIX (Tamayo y Botero, 2005: XXX).

No obstante, la violencia postbélica infringida por el vencedor contra el vencido durante la “República Conservadora” propició nuevas formas de violencia, persecución y agresión psicofísica con la llegada al poder del vencido (“República Liberal”) al promoverse de forma sistemática la revisión de los discursos sobre lo acontecido, al publicitarse nuevos relatos y narrativas sobre los hechos de la última guerra, y en particular, al publicarse las autobiografías de los héroes y combatientes que apelando a

cuentos, novelas y memorias de carácter documental y testimonial exploraban las causas del triunfo absoluto de la “Regeneración” al ser quebradas en los campos de batalla las aspiraciones del liberalismo romántico, radical y federalista por retornar al poder después de haber sido vencidos reiterativamente en las urnas por los “independientes” (liberales y conservadores que respaldaban a Rafael Núñez).

De allí que la literatura de la “Violencia” consecuente a los productos de la literatura de la “Guerra de los Mil Días” fuese caracterizada desde las autofiguras y autorrepresentaciones literarias de los ideólogos y combatientes durante la primera mitad del siglo XX por el reconocimiento de “bandos opuestos, situaciones emocionales, introspección de personajes, épocas, escrituras y formas; mirando más allá de las heridas y la sangre derramada en cada página de ciertas ficciones anteriores, revelando la expansión del campo a la ciudad; ahondando en la soledad y el desastre de la contemporaneidad; aboliendo la noción del territorio hasta sugerir la ruptura de los límites” (Giraldo, 2005: (1) 6). Ese esfuerzo conllevó a la necesidad de dar continuidad en medio de las cenizas y los cuerpos insepultos a la búsqueda de una narrativa autóctona acorde a los logros y alcances de cada literatura regional, constituyéndose los escenarios del teatro de operaciones y los hechos mismos de la guerra en Santander (tanto al Norte como al Sur) en temas y situaciones viables de recrear desde la ficción sin renunciar a la calidad, al estilo cuidadoso y a una responsabilidad estética mayor (Tamayo y Botero, 2005: XXIX).

La literatura de las guerras sirvió a su vez para que los intelectuales, políticos, militares de carrera y los literatos divulgaran sus vivencias al resto de la sociedad con el propósito de justificar las causas de esos conflictos, para la publicación de las decisiones tomadas por los gobernantes o los miembros de los partidos opositores, para informar al público sobre las estrategias y

tácticas heroicas dispuestas por los oficiales de los bandos en disputa en los campos de batalla, y especialmente, para impresionar al público con la representación de los horrores, contrariedades y cuestionamientos sobre el papel de la guerra por parte de los literatos que por convicción ideológica o reclutamiento forzado fueron hechos partícipes de la misma.

Para cumplir esas tareas, los escritores lograron con sus testimonios la divulgación de "los secretos más íntimos o las vivencias más recónditas de quien nos hace partícipes de su propia vida" (Pérez, 1996: VII). Para ello apelaron en su mayoría a la composición de biografías y autobiografías en las cuales de forma directa (autofiguración) o indirecta (autorrepresentación) lograron la exteriorización y contextualización de sí mismos como ciudadanos, dirigentes o combatientes dando prevalencia a su visión personal sobre lo acontecido. Y consigo, apelaron a la libertad de describir, interpretar y cuestionar lo ocurrido como partícipes de lo vivido sin estar condicionados al contraste de su relato con otras fuentes, testigos o publicaciones sobre los mismos hechos.

Acorde con Georges May, la autofiguración devela el relato íntimo y directo que un escritor hace en su día a día sobre todo aquello que le acontece, sucede o influencia recurriendo para ello a la escritura de crónicas, cartas, memorias o diarios (íntimos u oficiales). La autorrepresentación, por el contrario, se caracteriza por ser el relato sobre lo vivido mediante el cual el autor resguarda u oculta parcial o plenamente su identidad y prestigio al recrear lo acontecido por medio de géneros como los cuentos, novelas y relatos (May, 1982) en los cuales personajes opuestos a su personalidad o condición social, política o económica viven situaciones semejantes a las experimentadas por el narrador con el fin de propiciar reflexiones éticas o juicios críticos sobre su pasado.

Autofiguración y autorrepresentación son en suma expresiones opuestas del mismo género acerca de un mismo acontecimiento, fenómeno o personaje recreado desde la perspectiva individual de un ser contemporáneo al mismo, razón por la cual, "la autobiografía real o fantástica, en prosa o en verso, constituye aquí y en cualquier parte, un valioso documento que contiene y transmite, con rasgos singulares e inconfundibles, el sentimiento de lo estrictamente individual" (Pérez, 1996).

Así, siguiendo a autores como Vicente Pérez, Georges May, Mario Jursich Durán, entre otros, las creaciones autobiográficas se caracterizan fundamentalmente por la escritura o narración en primera persona del singular, los puntos de vista están fundados en la retrospectiva de lo vivido, resulta constante la intromisión o prevalencia de sus preocupaciones, obsesiones o posiciones ideológicas, así como la individualidad se antepone a las preocupaciones político-económicas o socio-culturales del contexto aunque los textos pueden develar el rol y status social alcanzado (memoria documentada), o por el contrario, el papel que tuvieron las vivencias narradas para alcanzar desde el anonimato la identidad y madurez social a partir del recuerdo melancólico o la fantasía recreadora de lo acontecido en un contexto de común conocimiento (recuerdo distorsionado o manipulado).

Un aspecto adicional directamente relacionado con la literatura sobre la guerra y las violencias derivadas está asociado con la armonía de intereses entre el escritor como lector y viceversa. Al escribir el autobiógrafo para satisfacer su necesidad de narrar lo acontecido al mismo tiempo se constituye en lector recurrente de su memoria para reafirmar sus convicciones al participar en las discusiones de los círculos literarios o las reuniones culturales partidistas, así como se promovió desde la lectura social de su perspectiva de pasado nuevas formas del imaginario y la memoria colectiva acorde al

discurso del vencedor o el vencido. Con lo cual, "inclinados sobre la espalda de Narciso vemos nuestro rostro, y no el suyo, reflejados en las aguas de la fuente" (May, 1982: X).

Vicente Pérez Silva al justificar la importancia de estudiar y compilar los textos autobiográficos que representaban a los personajes más reconocidos de las letras y las artes de Colombia, y consigo a las expresiones más directas del "alma nacional", reconoció la función cultural de la autofiguración como de la autorrepresentación de los autores a través de su vida personal -ejemplar o ejemplarizante- pues a través de los mismos se logra un acercamiento directo o indirecto a su "vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras" al constituirse en "manifestación creativa de quien la refiere, ya con carácter estrictamente histórico o bien con sabor estrictamente literario, y puede abarcar desde una obra de considerable extensión, hasta una simple crónica o apunte periodístico" (Pérez, 1996: 1).

De allí que textos autobiográficos como los producidos durante y después de la Guerra de los Mil Días permitiesen validar su reflexión sobre el público para el cual se componían, divulgaban y publicaban en períodos como la primera mitad del siglo XX al considerar que los mismos se escribían "con destino al público general o para un determinado núcleo de personas, en particular" (Pérez, 1996: 2). Siendo esas variaciones directamente relacionadas con la institución (o partido) que financiaba su publicación, el clima político que permitía o restringía la divulgación de las reflexiones personales sobre hechos colectivos acordes a las restricciones ideológicas y las censuras editoriales de los partidos y gobernantes en el poder, así como los canales comerciales o académicos de distribución, acceso, crítica y masificación o, por el contrario, de ocultamiento y limitación de su existencia y divulgación entre el público general. Aspectos de estudio y

reflexión asociados con la producción, divulgación y recopilación de la literatura de la guerra civil de 1899 que fueron tenidos en cuenta por los principales compiladores de la misma entre quienes se encuentran Luz Mary Giraldo (2005), Gonzalo España (2003), Arbey Atehortua, Mario Palencia y Gonzalo Sánchez (2001).

Literatura histórica de la guerra

Autores como el polaco Janus Slawinski han pretendido la existencia de un consenso en "cuanto a que no se debe identificar el sujeto del enunciado lírico o narrativo con la persona real del creador" (2007) al estudiar los niveles donde es posible reconocer al "sujeto lírico" (III) libre del contexto biográfico (I) y la acción creadora (I) del escritor. Sin embargo, el mismo Slawinski reconocía que "reina también el consenso en cuanto a que el sujeto está contenido inmanentemente en la estructura del mensaje literario".

Cuando el relato literario expresa las vivencias, emociones y reflexiones que el escritor hace después de vivir una experiencia significativa que resulta de interés general, específicamente después de las guerras, esas autobiografías "fundan" al narrador con el autor y el personaje (Gutiérrez, 2005) como parte de las facetas de la autorrepresentación literaria que son propias de la narrativa hispanoamericana desde sus orígenes en el siglo XVI, constituyéndose sus creaciones en mediaciones para la reflexión ética, cívica y moral de lo vivido con los hombres de todos los tiempos. El mejor ejemplo de ello es la obra literaria de Miguel de Cervantes Saavedra, estudiada por Carlos Gutiérrez (2005) quien reconoce la autorrepresentación del escritor al inicio de sus *Novelas Ejemplares* al presentarse indirectamente a sus lectores como "Este que veis aquí, de rostro aguileño".

Los escritores de textos considerados o catalogados como literarios inevitablemente

pretenden que lo que describen no los desnude ante la sociedad a la que pertenecen motivo por el cual siempre pretenderán ocultarse en sus personajes para mantenerse a salvo a través de la ficción. No obstante, cuando los escritores se dirigen con sus textos a la sociedad a la cual pertenecen dejan entrever con sus primeras creaciones sus pretensiones de ascenso, reconocimiento y aceptación a partir de relatos cargados de realismo y experiencias personales escritos desde la ironía, la parodia o la burla sobre sí mismos como parte de la "pulsión autorrepresentacional" (Gutiérrez, 2005). Por el contrario, aquellos que ya han alcanzado la cima del prestigio y la "aristocracia" intelectual tienden a preservar su *status quo* al apelar a la ficción moralizadora, a la creación de escritos sobrios, sin pretensiones, utopías ni reclamos a través de narradores frívolos y opuestos a su ser.

Ejemplos de lo anterior se pueden reconocer en algunos fragmentos de las autofiguras y las autorrepresentaciones literarias sobre la Guerra de los Mil Días en Santander. Lucas Caballero Barrera, abogado, periodista, empresario y general santandereano al justificar las razones por las cuales inició la Guerra de los Mil Días en Santander, y en particular las causas del sacrificio de la generación liberal a la que había pertenecido, optó por presentarse como autor, narrador y personaje de las "Memorias de la Guerra de los Mil Días" al hacer la siguiente autofigura a sus lectores: "Circunstancias fortuitas me colocaron en posición de ser testigo en sus intimidades de los preparativos para una guerra con fundamentos de éxito y de muchos sucesos históricos de la que se desarrolló en los trágicos mil días... Con motivo de la publicación del señor Tamayo que ha despertado interés y recuerdos entre quienes tomaron parte en aquella épica contienda, muchos compañeros de armas me han instado para que dé a conocer los hechos de que fui testigo" (Caballero, 2013: 31).

La historia novelada se constituyó en una estrategia válida para explicar los liberales a su generación y a las generaciones venideras las razones de las guerras que promovieron de forma incesante a finales del siglo XIX. El periodista y cronista Joaquín Quijano Mantilla reafirmó la necesidad de unir las vivencias del guerrero con las reflexiones y cuestionamiento del literato al escribir sus relatos y cuentos sobre lo vivido en la guerra desde la perspectiva de la autofigura. Específicamente en el relato "Palonegro" consideró necesario iniciar haciendo la siguiente advertencia al lector que no estuvo combatiendo ni perteneció a ninguno de los bandos enfrentados en 1899: "Relatar una batalla es poner el contingente de nuestras impresiones para darle una idea al historiador que ha de hacer de ella el cuadro definitivo. Cada cual dice las cosas como le convienen, o como las vio, pero nadie está de acuerdo, en el relato de los hechos, con ninguno de los que en ellos intervinieron. Para mí la marcha del ejército liberal hacia Palonegro fue un descanso" (Quijano, 2000: 78-79).

Enrique Otero D'Costa al culminar la guerra optó, por el contrario, por la autorrepresentación literaria de sus vivencias, especialmente los sucesos de la cruenta batalla en el cerro de Palonegro, considerando el nuevo rumbo que había dado su vida como periodista, historiador, comerciante respetado y funcionario público distinguido. Sin embargo, sus descripciones caracterizadas por los detalles que ningún otro combatiente relató develaron el grado de barbarie y fanatismo de la que hizo parte. En el cuento "Fraternal", al describir el enfrentamiento a muerte de un par de hermanos reclutados en cada bando, expresó la crueldad de lo sucedido como solo podía hacerlo un sobreviviente al decir: "Lo espantoso de aquel choque, lo violento de aquel ataque, lo recio de aquella tormenta, no tiene palabras para describirse" (Otero, 2009: 9).

Sin embargo, a E. Otero le resultaba inevitable cuestionar sus propias vivencias, manifestar sus juicios de desaprobación sobre lo vivido desde la ficción de sus creaciones. Por ello en el cuento "Memento" iniciaba su autorrepresentación apelando a un narrador que en primera persona decía: "¡Cómo recuerdo los dos terribles días de la batalla de Bucaramanga!. Fue en el mes de Noviembre, el mes de los días tristes y de los cielos cenicientos. El mes de los fieles difuntos" (Otero, 2009: 15-16).

Finalmente, resulta relevante destacar el equilibrio entre autofigura y autorrepresentación que logra hacer el abogado caldense Maximiliano (Max) Grillo en su novela sobre la Guerra de los Mil Días al norte y al sur de Santander. En primer lugar presenta al lector sus emociones, preocupaciones y razones por las cuales participó en ese conflicto y posteriormente desarrolla en veinticuatro capítulos una ficción literaria sobre personajes, hechos y conflictos de momentos de la guerra en Santander a través de las supuestas vivencias del soldado liberal Jorge Peralta quien representa a los verdaderos protagonistas de la misma, a "los ignorados" en los libros de historia oficial (Pérez, 2002). Vivencias cargadas de detalles tan específicos que solo pudieron ser conocidas por los combatientes de las principales batallas, los médicos de los hospitales de sangre, los miembros del ministerio de guerra o a través de las partes y comunicaciones de los comandantes desde los teatros de operaciones.

Para garantizar ese equilibrio entre el autor combatiente, un narrador en tercera persona y el personaje ficticio, M. Grillo advirtió a sus futuros lectores durante el desarrollo mismo de la guerra entre 1900 y 1903 lo siguiente: "Concurrí a la principal campaña de la guerra intestina de 1899, porque juzgué una obligación hacer por mi parte ese esfuerzo... Escribo con el ardor de una sangre que todavía es joven, pero me absuelvo a mí mismo del calificativo de apasionado. No deseo

polémicas sobre la materia de este libro. Ojalá que a pesar de referirse a acontecimientos recientes, se le hallase sereno" (Grillo, 2008: 12-13, 22).

Conclusiones

El rescate, recuperación y divulgación de los textos literarios asociados con la Guerra de los Mil Días requiere ahondar en el análisis específico de las pretensiones político-ideológicas de las obras como en los cuestionamientos éticos y los juicios cívicos de los autores ante sus acciones y vivencias como miembros activos de los partidos en disputa, así como sus responsabilidades en los sucesos de la guerra al actuar como comandantes o combatientes. Empleando la guerra como medio para revisar sus acciones y exorcizar sus crímenes, los excombatientes lograron con sus testimonios y ficciones literarias develar "los secretos más íntimos o las vivencias más recónditas de quien nos hace partícipes de su propia vida" (V. Pérez).

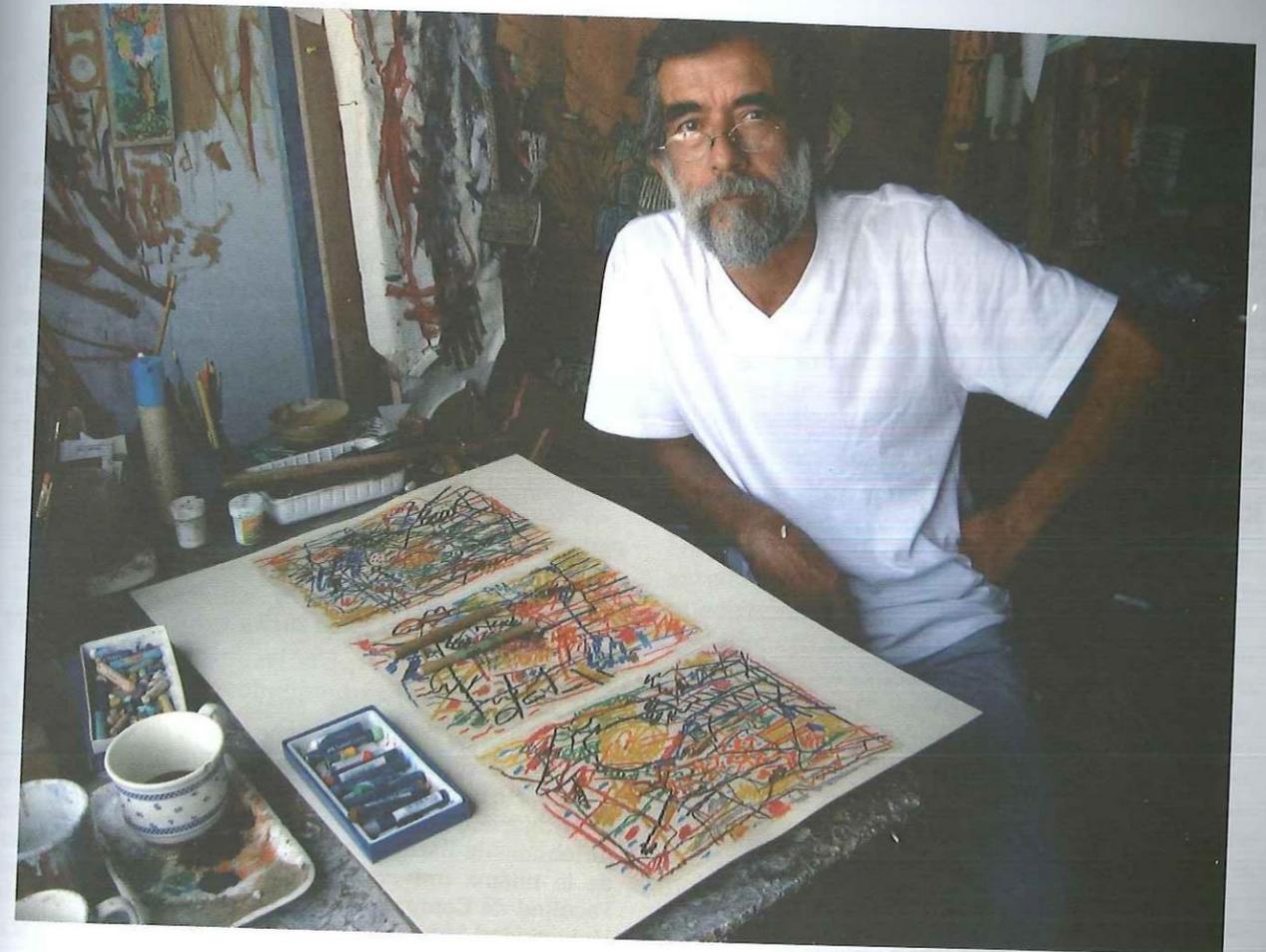
Para ello apelaron en su mayoría a la composición de biografías y autobiografías en las cuales de forma directa (autofigura) o indirecta (autorrepresentación) lograron la exteriorización y contextualización de sí mismos como ciudadanos, dirigentes o combatientes dando prevalencia a su visión personal sobre lo acontecido. Y consigo, apelaron a la libertad de describir, interpretar y cuestionar lo ocurrido como partícipes de los hechos más cruentos que vivieron sin estar condicionados al contraste historiográfico de su relato con otras fuentes, testigos o publicaciones sobre los mismos acontecimientos, personajes e interpretaciones.

Referencias

Caballero, L. (2013). *Memorias de la Guerra de los Mil Días*. Bucaramanga: Sic

- García Aguilar, E. (1996). *Veinte ante el milenio*. Bogotá: Presidencia de la República
- España, G.; Atehortua, A. y Palencia, M. (2003). *Narrativa de las Guerras Civiles Colombianas*. Bucaramanga: UIS. 7 vol.
- Giraldo, L. (2005). *Cuentos y relatos de la literatura colombiana*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. 2 T.
- Grillo, M. (2008). *Emociones de la guerra. Relato de la Guerra de los Mil Días en el Gran Santander [Los ignorados, 1912]*. Bucaramanga: UIS
- Gutiérrez, C. (2005). "Narrador, autor y personaje: Facetas de la autorrepresentación literaria en Góngora, Lope, Cervantes y Quevedo". En: *Especulo, Revista de Estudios Literarios*. Madrid.
- Martínez Ojeda, E. (2001). *La guerra de tres años. Testimonio histórico de los tres primeros meses en la Guerra de los Mil Días*. (Trabajo de Grado como profesional es Estudios Literarios). Bucaramanga. Universidad Autónoma de Bucaramanga, Facultad de Comunicación, Programa de Literatura
- May, G. (1982). *La autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica
- Otero D'costa, E. (2009) *Cuentos*. Bucaramanga: UIS
- Pérez Pinzón, L. (2002). *Emancipar la Muerte: Estado, Política y Sociedad en la Provincia de Pamplona (1821-1828)*. (Trabajo de Investigación). Bucaramanga: UIS, Escuela de Historia, Especialización en teorías, métodos y técnicas de la investigación social
- Pérez Silva, V. (1996). *La autobiografía en la literatura colombiana*. Bogotá: Presidencia de la República
- Quijano Mantilla, J. (2000). "Palonegro". En: *La Guerra de los Mil Días en las letras santandereanas*. Bucaramanga: Sic
- Sánchez, G. y Palencia, M. Comp. (2001). *Memoria de un país en guerra Los Mil Días: 1899-1902*. Bogotá: IEPRI Planeta

- Slawinski, J. (2007). "Sobre la categoría de sujeto lírico". En: *Texto y contextos*. La Habana.
- Tamayo, D. y Botero, H. Comp. (2005). *Los inicios de una literatura regional: La narrativa antioqueña en la segunda mitad del siglo XIX (1855 -1899)*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia



Augusto Vidal
por Erika Prada